

EL PRIMER BLASÓN  
DEL AUSTRIA  
(atribución insegura)

Edición crítica de  
Victoriano Roncero

Universidad de Navarra · Pamplona  
Edition Reichenberger · Kassel 1997

## ÍNDICE

Prefacio .....	9
Introducción a <i>El primer blasón del Austria</i> .....	13
1 <i>El primer blasón del Austria: existencia y autoría</i> .....	13
2 Fecha de escritura y representación .....	18
3 Clasificación y estructura .....	22
4 Ideología .....	36
5 Personajes .....	46
6 Nota textual .....	60
7 Sinopsis métrica .....	64
Bibliografía .....	65
Abreviaturas .....	73
1 Abreviaturas de las obras más citadas .....	73
2 Abreviaturas de títulos de autos de Calderón .....	74
Texto de <i>El primer blasón del Austria</i> .....	77
Apéndices .....	123
1 <i>La vida y hechos de Estebanillo González</i> .....	123
2 <i>Comentarios de Diego Duque de Estrada</i> .....	129
3 <i>Sangrienta batalla de Nördlingen</i> .....	136
Semblanzas biográficas .....	143
Índice de notas .....	147
Índice de ilustraciones .....	151

## PREFACIO

Nos acercamos a la veintena de volúmenes en esta serie de autos completos de Calderón, con este *Primer blasón del Austria* que hace el número 18, debido a la eficaz colaboración de Victoriano Roncero, que amablemente atendió a nuestros requerimientos para preparar un auto cuyo ámbito de referencias históricas muy bien conoce y ha estudiado en relevantes trabajos.

El profesor Roncero explica perfectamente en su prólogo la situación de la autoría de esta pieza, y se inclina a la atribución de Calderón, siguiendo en esto a calderonistas tan entendidos como Rull y Torres, que dieron a conocer este auto, publicándolo a nombre de Calderón (primero Rull y Torres y luego, en una segunda edición, Rull para la Biblioteca Castro).

El texto de este *Primer blasón*, dadas las circunstancias descritas, era necesario incluirlo en nuestra serie, que, como hemos señalado en algún prefacio a volúmenes anteriores, pretende irse convirtiendo en una especie de «Biblioteca sacramental calderoniana» en la que por fuerza han de integrarse materiales de diversa índole siempre que sean pertinentes para el mejor conocimiento del corpus dramático en cuestión.

Como editor general, sin embargo, quisiera explicar en unas pocas palabras la razón de haber puesto entre paréntesis la atribución calderoniana, que a mi juicio (y esto es ya opinión personal de quien escribe las presentes líneas) es dudosa.

No intento solucionar en este prefacio el problema, que podrá ser planteado por los estudiosos en el marco del conjunto sacramental calderoniano que intentamos ofrecer en esta serie, y a cuyo propósito responde la edición de *El primer blasón*. Señalo solamente algunas cuestiones que me parecen importantes en este sentido, y lo hago un tanto a vuelapluma, remi-

tiendo para otra documentación al mismo estudio preliminar del auto, donde el editor recoge lo necesario para informarse con detalle.

Existió, sin duda, un auto titulado *Primer blasón* (de España, de Austria, de algo) escrito por Calderón, pues tenemos datos de su escenificación en 1661, y parece, ciertamente, lógico que si Calderón titula a otro auto (indudablemente suyo) *El segundo blasón del Austria* ha de haber escrito antes un «primer blasón». Según los datos del «primer blasón» (memoria de apariencias, cuentas, detalles de las demasías, etc., publicados por Pérez Pastor y Shergold y Varey) el auto de 1661 es *El primer blasón católico de España*, y como demuestra la memoria de apariencias no tiene nada que ver con el que aquí publicamos de *El primer blasón del Austria*, tal como indica certeramente Roncero. Es, pues, el de Calderón de 1661 un auto completamente distinto, y desconocido hasta hoy, que ahora no nos compete examinar.

Sin embargo, la existencia de un «primer blasón» calderoniano puede explicar la atribución del copista de la colección de Ortiz Cruz, quien al encontrar un auto «primer blasón» lo dio por bueno y auténticamente calderoniano, y lo copió en el único testimonio que conocemos de este auto.

Ahora bien ¿este *Primer blasón del Austria* es de Calderón?

Toda argumentación sin datos exactos y fehacientes tiene mucho de hipótesis de trabajo y de opinión personal, más o menos intuitiva. Roncero, como Rull y Torres, hallan razones suficientes para dejarlo con la atribución calderoniana, o al menos para no quitárselo.

Por mi parte indico solamente algunos rasgos que me parecen sospechosos.

El primero es la longitud del auto. Calderón tiende cada vez más a alargar sus textos, hasta llegar a casos extremos como *El cordero de Isaías*, con 2369 versos. Roncero apunta, con verdad, que los autos tempranos (da como ejemplo *El divino Jasón*) son más breves. Pero *El divino Jasón*, que sí es auto temprano, tiene ya 1120 versos. La datación de *El primer blasón del Austria* puede situarse en torno a la batalla de Nördlingen (1634): esta es la

época, no ya exactamente temprana, de *El Nuevo Palacio del Retiro* o *El gran teatro del Mundo*, autos de una elaboración muy distinta de la simpleza de *El primer blasón del Austria*.

En el texto de este auto, además de la brevedad tan rara, con 815 versos, destaca la falta de densidad alegórica y bíblica.

No hay propiamente técnica alegórica: aparte de los diálogos de San Miguel con la Iglesia, el resto es un relato de acciones militares con leve acción que podría pertenecer a cualquier comedia que celebrara la victoria de Nördlingen.

La densidad bíblica es muy pequeña: en el índice de notas Roncero recoge solamente cinco libros bíblicos y, en total, una decena de referencias que le ha parecido oportuno ilustrar. Un auto, tomándolo al azar, como *El indulto general*, solicitó, cuando hicimos su edición, referencias a cerca de cuarenta libros bíblicos y más de ciento sesenta anotaciones relativas a paráfrasis o alusiones a textos de la Sagrada Escritura. Por más que tengamos en cuenta la diferente longitud, sigue siendo debilísima la presencia de este elemento en *El primer blasón*.

No hay música, ni estilemas calderonianos, como paralelismos, correlaciones, quiasmos, y todas las variedades de simetrías a las que Calderón es tan proclive.

El texto, evidentemente, está algo deturpado (ya se señalan cuidadosamente en la edición las faltas de algunos versos reveladas por la métrica), pero hay algunos detalles que no parecen debidos a deturpaciones, sino a deficiencias del poeta: rimas pobres, por ejemplo. Veáanse, sin ir más lejos, los versos 301 y siguientes: el verso 302, primero de una redondilla, tiene en rima la palabra «alteza»; el 305, primero de la redondilla siguiente, vuelve a esa misma palabra; en la redondilla formada por los versos 325-328 las dos palabras en rimas extremas son «alteza» y «fortaleza», las mismas que en la redondilla 305-308. En la redondilla de los versos 317-320 las dos palabras que riman en el interior son «capitanes» y «alemanes», las mismas palabras que sin duda riman en los dos versos internos de la redondilla 337-340 (aquí, por error del copista leemos «Alemania», que no rima; pienso, efectivamente, que la lectura original

es «alemanes», como sugiere la nota al texto); en los versos 357 y 360, extremos de otra redondilla, la rima cae en una misma palabra que se repite: «también»... No sólo llama la atención la frecuencia de estas rimas tan pobres, sino la cercanía en que se hallan en el texto. Estos casos señalados no parecen deberse a corrupciones o errores del copista, y, en mi opinión, no me parece posible que las escribiera don Pedro.

Al final del auto, donde se acumulan referencias a la catedral de Toledo, el poeta pide el agrado del público argumentando que es «hijo vuestro», frase que a mi juicio, solo podría interpretarse como «hijo de Toledo» (ver la nota al texto)...

En suma, este auto, más que un auto sacramental propiamente dicho parece una breve pieza estrictamente de circunstancias para celebrar en la catedral de Toledo (sede regida por el Cardenal Infante) la victoria de Nördlingen, debido a la pluma de un incógnito vate toledano, de muy inferiores dotes respecto a las de Calderón, que por esas fechas estaba haciendo nada menos que los versos de *El gran teatro del Mundo*; y, muy cerca también (1635), los de *La vida es sueño*.

En todo caso la crítica tiene abierta la discusión. Nuestra serie no podía prescindir de este raro texto cuyo descubrimiento, sea o no de Calderón, debemos agradecer a los profesores Rull y Torres, y cuya edición crítica anotada según los criterios de esta colección nos ofrece ahora el profesor Roncero.

A todos nuestras gracias.

Ignacio Arellano  
Münster, primavera de 1997